

nacieron las escrituras, cuándo y cómo se diferenciaron, extendieron y unificaron, y qué relaciones pueden mantener con ciertas formas de civilización; II. *La fisiología*, que nombra y mide científicamente todos los gestos musculares, muy numerosos, que componen el acto de escribir; III. *La psicología*, que, con el nombre de grafolología, tiene a la letra escrita por índice de un rasgo de carácter; IV. *La ciencia penal*, que persigue evaluar las escrituras y descubrir las copias y las falsificaciones; V. *La simbología*, que hace el inventario de las significaciones religiosas, metafísicas o barrocas con las que los hombres, en todos los tiempos desde que escriben, han sobrecargado los códigos de escritura.

Este saber es heteróclito (y además rara vez es ligado): el saber histórico, con mucho el más copioso, es de inspiración positivista: manejado por arqueólogos y paleógrafos, privilegia la aparición de los alfabetos y de los tipos de letra, y pocas veces se aventura a sugerir los lazos entre la escritura y la civilización (la cual se describe entonces en términos de psicología corriente); el saber fisiológico, puramente descriptivo, es casi únicamente tautológico («la flexión consiste en doblar el dedo», etc.); el saber penal sería puramente técnico si no arrojara a menudo, por fortuna, una luz indiscreta sobre los avatares de la propiedad y, por lo tanto, de los regímenes sociales; el saber psicológico y el saber simbólico (no hay ninguna razón para separarlos claramente) son puramente postulativos, y establecen como prueba suficiente toda *análogía* entre un significativo (la escritura) y un significado (tal carácter, tal creencia). En suma, hay que decirlo, el saber escritural oscila entre un cientismo estrecho y una metafísica débil. Entonces, ¿ese saber es difícil?, ¿tal vez incluso *problemático*?, ¿se enfrenta a resistencias, a censuras? En realidad, en lugar de resumir ese saber, nos contentamos en este caso con hacerle preguntas y con esbozar la mitología epistemológica que mantiene en torno a la escritura.

Transcripciones

Existe entre los lingüistas lo que hay que llamar un mito de la escritura, a saber, que la escritura no es más que un procedimiento que utilizamos para «inmovilizar, fijar, el lenguaje articulado, de esencia fugitiva»; seguros de este prejuicio transcripcionista, los lingüistas pueden afirmar que «el código escrito es secundario en

relación con el código oral constituido por la lengua»: dicho de otro modo, la escritura está fuera de la lingüística.

Como hemos visto, esto supondría limitar intolerablemente el fenómeno: la escritura rebasa considerablemente y, por así decirlo, estatutariamente, no sólo el lenguaje oral, sino también el lenguaje mismo (si lo encerramos, como lo quieren la mayoría de los lingüistas, en una pura función de comunicación): en primer lugar, porque su relación original con el lenguaje oral es en muchos puntos oscura (el ideograma, por ejemplo, transcribe un gesto, él mismo signo de una acción); luego, porque es evidente que la escritura ha tenido y tiene todavía muchas otras funciones además de las comunicativas; luego, porque, al estar ligada a la mano, permanece en cierto modo fisiológicamente separada del aparato facial de la fonación, y, en consecuencia, el cuerpo no puede comprometerse en ella como lo hace en el habla; por último, porque hay —y siempre ha habido— una ruptura *social* entre el habla y la escritura.

La posición de la lingüística con respecto a la escritura se debe a este prejuicio étnico que podemos llamar *alfabeto-centrista*.

II. Sistema

Alfabetos

Sin duda requeriría mucha paciencia, pero, por supuesto, es posible reconstruir el sistema estructural de todos los alfabetos. Se ha esbozado por lo que toca a nuestro alfabeto latino: entre P y R, por ejemplo, ¿no hay acaso presencia/ausencia de una señal (la cola de la R)? Esta señal es exactamente el rasgo pertinente que reivindicamos los lingüistas, ya que es el más pequeño elemento determinante de una variación segura de sentido; por lo tanto, todo alfabeto se podría reducir a un cuadro restringido de *grafemas*, exactamente igual que los sonidos significantes de una lengua se dejan clasificar con el nombre de fonemas. Y de la misma manera que, siguiendo a Jakobson, es posible reconstruir el sistema general de los fonemas de todas las lenguas (una treintena de fonemas), también ha de haber, para todos los alfabetos conocidos, un principio único de clasificación: rasgos verticales, horizontales, oblicuos, circulares, semicirculares, ganchos, rizos y sus reglas de combinación. Una reserva

limitada de formas elementales y un orden de diferencias, he aquí con qué hacer cualquier alfabeto; cada cual se puede entretener en ello: ¿no lo hizo Morse al utilizar únicamente dos formas básicas, el punto y la raya? Todo alfabeto es un *bricolage*, y tal vez todo bricolage participe del alfabeto, de la lengua escrita.

Sin embargo (quiero decir: a pesar de su constitución estructural, que se ofrece naturalmente al análisis), todo alfabeto tiene, como conjunto, una individualidad formal, una unidad estética: se lo *reconoce*: las runas escandinavas imponen con su sucesión un tema estirado, estrecho, anguloso; la escritura nagari somete todos los signos a una forma obsesiva, la *potenza*. Todo alfabeto es un equilibrio: por una parte, ningún signo se repite (es una serie cerrada de *hápx*), y, por otra parte, el conjunto (por su decisión estética) funciona a su vez como un signo único, opuesto a todos los otros alfabetos. La figuración de la serie de un alfabeto constituye un verdadero espectáculo: *inteligible y bello*. No conozco libro más *civilizado* que la colección de alfabetos tipográficos (de todos los lugares y todas las épocas) que presentó el Gabinete de Punzonaría de la Imprenta Nacional de París.

Nuevamente sin embargo (quiero decir: a pesar del goce vinculado con la consideración plástica de las series alfabéticas), el alfabeto (como cuerpo individual de signos individuales) se vio atrapado en un proceso de conversión ideológica. No existe un sabio occidental que no atribuya un valor progresivo a la invención de los alfabetos. Para él, todo ocurre como si fuese *indiscutible* que el ideograma constituye un progreso respecto al pictograma, el alfabeto consonántico respecto al ideograma y el alfabeto vocálico respecto al consonántico: por lo tanto, el alfabeto griego, *nuestro alfabeto*, es el término glorioso de esa ascensión de la razón: *somos los mejores*, eso es lo que le hacemos decir a nuestro alfabeto; por lo tanto, entre las formas más insidiosas de este etnocentrismo, del que nuestra propia ciencia se convierte en criada demasiado a menudo, hemos de colocar lo que hemos llamado, aunque la palabra sea bárbara, un verdadero *alfabeto-centrismo*. Importa poco que el ideograma (entre los chinos) o el alfabeto consonántico (entre los árabes) hayan estado y estén todavía al servicio de civilizaciones tan grandes como la nuestra y que no tienen ningunas ganas de abandonarlos.

Ilegible

Existen escrituras no descifradas (la de la Isla de Pascua, la del valle del Indo); entendemos que, como mínimo, querían decir algo, que no logramos descifrarlas por las carencias de nuestra ciencia y que, en cierto modo, esperan a su Champollion. Existen también escrituras que no podemos comprender y de las que, sin embargo, no se puede decir que sean indescifrables, porque están simplemente fuera del desciframiento: son las escrituras ficticias que imaginan ciertos pintores o ciertos sujetos (se puede tratar en efecto de una práctica de «aficionado», situada lejos de toda carrera artística, como los cuadernos de grafismos de Mirtha Dermisache). André Masson, por ejemplo, durante su época llamada asiática, escribió «chino»; Réquichot escribió (pero evidentemente no «redactó») cartas de agradecimiento, ofensivas, un tratado de filosofía del arte, etc. Ahora bien, lo interesante —lo estupefaciente— es que nada, absolutamente nada, distingue aquellas escrituras verdaderas de estas escrituras falsas: no hay ninguna diferencia, salvo el contexto, entre lo no descifrado y lo indescifrable. Somos nosotros, nuestra cultura, nuestra ley, quienes decidimos sobre el estatuto referente de una escritura. ¿Qué quiere decir esto? Que el significante es libre, soberano. Una escritura no necesita ser «legible» para ser plenamente una escritura. Podemos incluso decir que precisamente en el momento en que el significante (los falsos ideogramas de Masson, las misivas impenetrables de Réquichot) se desprende de todo significado y suelta vigorosamente la coartada referencial, el texto (en el sentido actual de la palabra) aparece. Pues para comprender qué es el texto, es suficiente —pero necesario— *ver* la ruptura vertiginosa que permite que el significante se constituya, se ajuste y se despliegue sin sostenerse en un significado. Estas escrituras ilegibles nos dicen (solamente) que hay signos, pero no sentido.

Invención

Ha habido inventores de escrituras: el dios egipcio Thot, el mismo Adán, si creemos a los rabinos, que tuvo como preceptor en esta materia al ángel Raziel; Cadmo, legendario fundador de Tebas, que habría aportado el alfabeto fenicio a los griegos, o al menos dieciséis de sus letras; Palamedes (que no era todavía el barón de Char-

lus) habría añadido cuatro, y Simónides de Ceos otras cuatro. Más cerca de nosotros y, al parecer, menos míticamente, el obispo Wulfila habría inventado en el siglo IV la escritura goda (no confundir con la gótica), destinada a anotar la lengua germánica de los godos instalados al norte del mar Negro. Doalu Bukere dio una escritura a los vai de Liberia, y los mendé de Sierra Leona recibieron una escritura silábica de un cantero que la inventó para ellos. La escritura depende en efecto de una mitología de la invención: siendo puro sistema, parece depender de un razonamiento de fabricación, de una ingeniosidad de ajuste: en suma, mitológicamente, es un chisme.

Letras

Según parece, algunos alfabetos tienen un origen mágico. Y la magia, a su vez, ha interpretado ciertas letras. En la mayoría de ocasiones, las letras se han asimilado simbólicamente a los elementos del mundo (siete vocales son por ejemplo siete planetas); transponer las palabras a números y especular sobre esos números es la *gematría*, o, si complicamos el juego, la *isopsefía* (doy estas palabras pedantes para sugerir el despliegue irreprimible de un sistema de saber a partir de elementos tenues —las letras— y según un sentido mágico). ¿Están tan lejos de nosotros esas inclinaciones? Hoy en día, el psicoanálisis ve en la letra, mucho más allá de su función racional, una gran mediadora de inconsciente; me remito a los análisis que S. Leclair ha elaborado en *Psychanalyser* en torno a la letra V (y la W).

La letra es *precisamente* lo que no se parece a nada: su ser mismo es escapar inflexiblemente de toda similitud: todo el esfuerzo de la letra es contra-analógico. Es ésta una proposición desorbitada, pues todo termina por parecerse a algo (lo que no se parece a nada termina por parecerse a una letra); hay que pensar por lo tanto que la letra no se «desprendió» del pictograma, sino que más bien se opuso a él. Y cuando los hombres, los artistas, se han puesto —a veces— a imaginar letras figurativas, letras alineadas, por juego representativo, sobre siluetas humanas o animales, han realizado una transgresión muy fuerte, alcanzando de golpe el punto extremo del barroco, ese arte maldito (hemos de remitir en este punto al libro de Massin, admirable colección de letras humanas, o al alfabeto de Erté).

Mayúscula

La minúscula viene de la mayúscula, y no al contrario: es una mayúscula deformada por la cursividad. Sin embargo, desde el momento en que pudo oponerse a otro tipo de letra y entrar en un paradigma, la mayúscula adquirió «sentido» (igual que se adquiere edad). Ese sentido ha sido el del énfasis, el de la majestad y el de la esencia (en la imposición de una mayúscula a la inicial de un nombre se compromete toda una metafísica). Hay por lo tanto casos en que la letra, aun siendo rigurosamente lingüística, unidad distintiva, y no significativa, está dotada de un sentido. Es lo que sucede claramente en la escritura javanesa, donde en algunas palabras se introducen letras comparables a nuestras mayúsculas, aunque sean del mismo tamaño que las otras: esas letras suplementarias confieren a las palabras que las contienen un carácter honorífico o respetable.

Mapping

La pregunta que hemos de hacerle siempre al lenguaje es ésta: ¿cómo el lenguaje (tal o tal otra lengua) recorta la realidad?, ¿qué recorta de esa realidad? Es el llamado *mapping*, el mapa geográfico que el lenguaje pretende imprimir sobre la superficie terrestre de lo real. Ahora bien, también hay que hacer esa pregunta a la escritura. Incluso cuando la escritura «transcribe» el lenguaje oral, no lo recorta de una manera igual y universal: la conciencia de la «palabra» es muy variable según las lenguas: el copista griego no tenía ninguna conciencia de la palabra, pero el escriba latino sí; en India, donde no hubo escritura anterior a la constitución de la gramática, las escrituras no representan (no recortan) más que los elementos del habla que están reconocidos por la ciencia gramatical; y hoy en día, entre nosotros, los métodos modernos de lectura parten de las palabras (o de las unidades importantes del lenguaje) antes que de las letras. En cuanto a las escrituras pictográficas o ideográficas, no es el habla, como es sabido, lo que transcriben y recortan; si no se trata de lo real (¿dónde está?), se trata al menos de códigos que no son el del lenguaje articulado: objetos, gestos, combinaciones de ideas (en el caso de la escritura china), o acontecimientos destacados (en los *winter counts* de los indios dakota, cada invierno era caracterizado con el símbolo de una circunstancia memorable: el pictogra-

ma recortaba, en todo el invierno, un tratado de paz, y, en los símbolos posibles del pacto, una bandera).

Memoria

Cuando empezamos a reflexionar sobre la escritura (Platón), le asignamos el papel de una memoria: la escritura sería una especie de herramienta mnemotécnica, una prótesis del cerebro, que quedaría liberado gracias a ella de toda tarea de almacenamiento. De este modo, pensamos que las primeras pictografías, o que la escritura de la Isla de Pascua (aún no descifrada), no eran más que un prontuario de los cantores polinesios, destinado a facilitar el recitado de las salmodias. Es cierto que los primeros monumentos que deja nuestra escritura (en Oriente Medio) no son más que listas de objetos o de personajes, en suma, de entidades que se pueden contabilizar; esas entidades apenas nos interesan y, sin embargo, son las que la escritura memorizó para nosotros; en cambio, todo lo que nos apasionaría de esa vida lejana (las costumbres) no se anotó, y es normal: ¿por qué los sumerios habrían de escribir lo que constituía la sustancia misma de su vida cotidiana y que conocían en cierto modo de memoria?

Recordamos la función memorial que en nuestras civilizaciones parece hallarse en el origen de la escritura para apreciar correctamente todo lo que, al menos entre nosotros, la rebasa. En verdad, todavía escribimos para acordarnos (aunque sólo sea en nuestras agendas), pero mucho más aún para informar: nuestros anales son nuestros periódicos, pero nuestros periódicos están escritos para informar; solamente son memorias *después*. Lo mismo les ocurre a nuestras costumbres: ninguna escritura, entre nosotros, las registra directamente: hay que pasar por la mediación del periódico, de la novela, del ensayo; y todos esos documentos solamente pueden resurgir en estado de memoria si son *interpretados*. Por lo tanto, a la escritura la penetra muy pronto un simbolismo secundario: siendo «grafismo», orden de la pura memoria, se convierte en «escritura», campo de la significación infinita.

Cinta

La humanidad ha practicado todas las direcciones de escritura posibles: vertical, horizontal, de izquierda a derecha, de derecha a iz-

quierda, de ida y vuelta, etc. Sin embargo, en todos los casos, la escritura se extiende al modo de un hilo más o menos ancho, más o menos compacto: es la *cinta gráfica*. Esta cinta expresa el estatuto fundamentalmente narrativo de la escritura. ¿Qué es el relato? Lo más sencillamente del mundo, es la sucesión de un *antes* y un *después*, una mezcla indeterminable de temporalidad y de causalidad; la escritura, por su inscripción misma en el espacio del soporte (piedra o hoja), se hace cargo de esa sucesión: leer es aceptar de entrada el relato. Véase los pictogramas esquimales (aunque sean más tardíos de lo que se cree y haya que seguir resistiendo a situar automáticamente el pictograma en el origen del gramatograma): un dibujo (a partir de ahora podemos llamarlo signo) representa a un hombrecillo que se señala a sí mismo con un dedo e indica con el otro una dirección; en el dibujo siguiente, el personaje muestra un zagal; luego se tapa los ojos con la mano, etc. Todo esto es a la vez relato y frase: *se trata de mí; tomé tal dirección y, tras viajar en barco, dormí una noche*, etc. Como en todo relato, la significación de cada momento (de cada episodio, de cada signo) es profunda: se desprende según una vía metafórica o metonímica que abre el proceso mismo de la interpretación: el zagal remite al barco y el barco al viaje; los ojos remiten al dormir y el dormir a la noche, etc. Por lo tanto, no es necesario hacer descender la escritura del habla (según el mito científico de la «transcripción») para descubrir las dos coordenadas del lenguaje: el paradigma y el sintagma. La separación está en otro lugar: allí donde podemos oponer sintagmas lineales (escritura y palabras) y sintagmas radiales (en las figuraciones rupestres, en la pintura y en las historietas).

Sistemática

Cada escritura es un (sistema). Del mismo modo que toda una lengua, gracias al poder combinatorio, está formada por algunos sonidos, cada corpus gráfico (conjuntos de ideogramas, silabarios, alfabetos) está hecho de algunas formas (de algunos trazos). El sistema comienza en la más simple oposición, la de la *presencia y la ausencia*. En el *quipu* inca, los nudos de cuerdecillas tienen distintos valores decimales; la ausencia de nudo remite al cero.

La escritura brahmí es de origen arameo, pero utiliza un sistema de notación muy diferente. Las escrituras semíticas solamente